1955

EL TEATRO.

COLECCION

DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

CATALUÑA INDEPENDIENTE.

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO.

8 reales.

BARCELONA.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE NARCISO RAMIREZ Y COMP.ª
pasaje de Escudillers, núm. 4.
1870.

10

CATALUÑA INDEPENDIENTE.

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

POR

D. MARIANO VALLEJO.

Representado por primera vez
en el Teatro Romea
la noche del 25 de Abril de 1870, á beneficio de la segunda dama

D.ª ANA SOLÁ DE SARIOLS.

BARCELONA.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE NARCISO RAMIREZ Y COMP.ª
Pasaje de Escudillers, núm. 4.
1870.

El propietario de esta obra D. Miguel Gasset es el único encargado en Barcelona del cobro de los derechos de representacion, y en las restantes poblaciones de España y Ultramar lo son los administradores de la Galería El Teatro.

Quedan reservados todos los derechos al propietario, y nadie podrá imprimirla ni representarla sin su permiso.

REPARTO.

PERSONAJES.	ACTORES.
Bruenilde de Nadal. . .	*D.ª Ana Solá.*
Ema de Cerdeña.. . . .	» *Balbina Pi.*
Vifredo de Ria.	*D. José Izquierdo.*
Salomon de Cerdeña. . .	» *Rómulo Cuello.*
Conde de Nadal.	» *Félix Ribót.*
Miron.	» *Francisco Puig.*
Sunyer.	» *Juan Bertran.*
Sinibal.	» *Joaquin Pinós.*
Conde de Narbona. . . .	» *José Maspons.*

Caballeros, Arqueros, Gentes de armas y Pueblo.

La escena pasa en Barcelona y en el último tercio del siglo IX.

677439

Digitized by the Internet Archive
in 2015

https://archive.org/details/catalunaindepend553vall

ACTO PRIMERO.

El teatro representa una cámara gótica en el alcázar de los condes de Barcelona.—Á la derecha, en primer término: una puerta que conduce á las habitaciones de Salomon, en segundo otra que guia á las de Ema.—Á la izquierda puerta de entrada.—En el fondo dos grandes ventanas góticas.

ESCENA PRIMERA.

Al levantarse el telon aparecen conversando VIFREDO, MIRON, SINIBAL, SUNYER, NARBONA, *y otros cortesanos.*

NARB. Decidnos, pues.
MIRON. Sí, os diré.
Segun noticias seguras
la causa de esos accesos
que de tal modo os asustan
es un horóscopo.
NARB. ¿Cómo? ¿Un horóscopo?
MIRON. Sin duda.
Gran fé tiene el de Cerdeña
en esas ciencias ocultas,
y há seis dias que á los astros
hizo por Yuref consulta.
NARB. ¿Mas los astros?.....
MIRON. *(Interrumpiendo.)* Esta fué
su respuesta inoportuna:

«Cuando el plazo improrogable
»de siete dias se cumpla,
»cumplido ya tu destino
»en corta pelea oscura
»hallarás, Conde, la muerte,
»siendo tu alcázar tu tumba.»

NARB. Terrible sino...

SUNYER. Terrible,
si no fuera una impostura
que en el infierno á estas horas
estará contando á Judas.

VIFRED. ¿Murió Yuref?

MIRON. Le colgaron
á la entrada de su gruta,
y dudo que ningun ángel
haya bajado en su ayuda.

NARB. No es de esperar; mas yo creo
que mas bien la razon única
de ese estado, es la llegada
del conde Nadal.

VIFRED. ¡Oh! nunca.
Al rey francés, nuestro Conde,
debe el feudo que disfruta,
y siendo Nadal su enviado
tal temor fuera locura.

SINIBAL. Pero Nadal... ya sabeis...

VIFRED. Sé que nació en noble cuna,
y con esto basta y sobra
para que cual noble cumpla.

NARB. Dijisteis bien; además
que segun lo que se anuncia
en breve será Bruenilde
condesa de Cataluña.

SUNYER. No lo creais; con el Conde
fué siempre Bruenilde injusta,
y otro es quien mas venturoso
de su alma insensible triunfa.

VIFRED. Vos acaso... *(Con leve ironía.)*

SUNYER. ¡Oh! no á fé,
aunque fué mi pasion suma;
son los amores dolencias
que con desdenes se curan.

A vos mas bien, segun dicen,
es á quien da su ternura.

VIFRED. ¿A mí, decís? por lo visto,
hay alguien que se disfruta
en darme por venturoso,
porque me vé sin ventura.

SINIBAL. No os quejeis y hablad mas bajo
por si acaso os oye alguna
que pueda pediros cuenta
de palabras tan injustas;
Ema, la hija del Conde.
y la flor de Cataluña,
con pena oyera esas frases
que de inconstante os acusan.

VIFRED. No lo creais.

SINIBAL. ¡Pues se dice!

VIFRED. Dicen tales imposturas...

MIRON. Pues el noble Nadal llega,
dejad tan vanas disputas
y á recibirle salgamos,
habiendo los dos mesura.
Mirad. *(Señalando una de las ventanas del fondo, por la cual habrá estado mirando durante el diálogo anterior.)*

NARB. Es cierto: el rastrillo
en este momento cruza.
¿Vamos, pues?

SINIBAL. Vamos.

MIRON. *(Á Vifredo que se va tambien con ellos.)*
Vos no;
quedaos; porque Ema os busca
y vendrá aquí.

VIFRED. *(Aparte á Miron.)* ¿Decís?.....

MIRON. ¿Vamos? *(Id á Vifredo.)*

SUNYER. Sí, vamos antes que suba.

ESCENA II.

VIFREDO, EMA.

VIFRED. ¡Pobre ángel! enemiga
Ema de su propio amor,

odia y ama, y el dolor
de lucha tal la fatiga.
Infeliz, ella me ama
y yo traidor... no, no quiero!

EMA. *(Saliendo por la derecha.)*
Salud al buen caballero.

VIFRED. Dios guarde á la noble dama:
Dios guarde á la hermosa flor,
de la Marca Gotia orgullo;
al bello y gentil capullo
donde hace su nido amor.

EMA. Basta, basta; no halagüeño
sigais, Ria, hablando así,
si hubo un tiempo en que os oí
pasó; ya pasó, fué un sueño.
No os disculpeis, no os acuso,
ni cuenta de ello os demando...
¿Quién, cómo, dónde, ni cuándo
leyes al amor impuso?
Nada hay pues, porque yo os tilde
de mutable ó tornadizo.
Me amasteis; mas Dios os hizo
para el amor de Bruenilde.

VIFRED. Nunca conmigo hasta hoy
estuvisteis tan severa;
decid el porqué y yo muera
puesto que enojos os doy.

EMA. Oidme, Ria; menguada
no os vine á pedir amores,
ni á contaros mis dolores
de amante menospreciada,
no; tal intencion no llevo,
ni por tal causa os busqué,
que aun en olvido no eché
lo que á mí misma me debo.

VIFRED. Nunca tal suposicion
formar aunque os amo, puedo,
pues sé por mi mal...

EMA. *(Interrumpiéndole con gravedad.)*
Vifredo,
os acusan de traicion.

VIFRED. Yo.....

EMA. No temais que os exija
la verdad; no se me esconde
que al conspirar contra el Conde
lo ocultareis á su hija.
Callad, nada me digais,
que os fuera mentir preciso;
pero vivid sobre aviso
si es cierto que conspirais.
VIFRED. Ema...
EMA. *(Interrumpiéndole.)* No, reflexionad,
y mi consejo seguid.
Si culpable sois, huid;
y si no lo sois, velad.
Vienen. *(Se oye ruido de pasos.)*
VIFRED. Escuchadme.
EMA. Adios;
y si os salva lo que hago,
reciba mi padre el pago
de mis acciones con vos. *(Váse.)*

ESCENA III.

VIFREDO, *luego* NADAL, MIRON, SUNYER, NARBONA. SINIBAL *y* NOBLES.

VIFRED. *(Viéndola ir.)* ¡Cuánto amor, cuánta hidalguía
encierra su noble pecho! *(Con sentimiento.)*
SINIBAL. *(Saliendo con Nadal.)*
Dispensad que os abandone;
mas con mi deber cumpliendo,
vuestra dichosa llegada
anunciar al conde debo.
Permitidme, pues...
NADAL. Sí, id,
y obedeced sus preceptos;
que entre señor y vasallo
el señor es el primero.
VIFRED. Bien venido. *(Váse Sinibal.)*
NADAL. Bien hallado,
mi noble y querido deudo.
VIFRED. Dispensad, Nadal, que no haya
acudido á vuestro encuentro...

SUNYER. Decidnos, noble Nadal, *(Interrumpiendo.)*
de vuestro viaje el objeto;
y no estrañeis mi pregunta,
pues juzgo por mi deseo
que todos cual yo impacientes
anhelan tambien saberlo.
NADAL. Inconveniente no hallo
y voy á satisfaceros.
Embajador del rey Cárlos,
hoy á Cataluña vuelvo
á tratar, en nombre suyo,
varios asuntos del feudo.
SUNYER. Yo agradezco...
NADAL. No tan pronto
mostreis agradecimiento,
que á mi vez otras noticias
tambien que pediros tengo.
De mi Bruenilde querida
años há que vivo lejos,
y aunque ya de ella he sabido,
saber quisiera de nuevo.
SUNYER. Nada mas justo en un padre;
es natural vuestro anhelo.
MIRON. Pues quereis noticias suyas,
yo os diré, yo que la veo
de las hermosas envidia,
de los galanes tormento:
á buen padre, buena hija;
si sois de hidalgos espejo,
ella por hermosa y pura
es de las damas modelo.
NADAL. Mucho concedeis sin duda
á mi paternal afecto.
¿No es así? *(A los demás.)*
SUNYER. Justos elogios.
NARB. Muy justos son.
MIRON. Así es cierto.
Además que aquí hay alguno
que sabe bien que no miento,
si digo que de sus ojos
es irresistible el fuego.
NARB. Muchos por ella suspiran.

MIRON. Y yo sé de alguno de ellos
á quien unir le agradara
á sus blasones los vuestros.
(Señalando á Salomon.)
Ved quién llega; callo, pues;
mas no sintais mi silencio,
porque quién llega os dirá
lo que por decir os dejo.

ESCENA IV.

DICHOS, SALOMON *y* SINIBAL *por la derecha.*

NADAL. Señor... *(A Salomon.)*
SALOM. Muy bien venido, noble amigo.
Bien venido seais y enhorabuena
llegueis á este Condado,
donde con tanto afan se os ha esperado.
NADAL. Tanta honra en verdad no mereciera,
si á bondades tan altas
mi eterna gratitud igual no fuera.
Mas sé bien los favores que á vos debo,
(Leve ironía.)
y como cumple á pechos bien nacidos
fija en el alma su memoria llevo.
SALOM. Ningun favor vuestra amistad me debe.
Mas si bien hasta ahora
demostraros mi afecto no he podido,
esperad, buen Nadal, que muy en breve
pienso de mi amistad daros señales
como á nadie, ni nunca, las dí tales.
NADAL. Más me obliga con vos ese lenguaje.
Mas, aunque así me obligue,
permitid os declare mi mensaje.
En nombre del rey Cárlos, que me envia
y su interés á mi cuidado fia...
SALOM. Mañana, ¡vive Dios! que él es testigo
de que si yo impaciente os esperaba,
no era al embajador, era al amigo.
Descansad, pues, Nadal, y aunque mal cuadre
á vuestro noble celo de emisario,

el mensajero fiel, ceda ante el padre.
Bruenilde harto impaciente
me acusara tal vez, venid conmigo,
y olvidemos por ella hasta mañana,
ese menguado asunto que os afana.

NADAL. Pues que vos lo mandais...

SALOM. No, yo lo quiero.
Vedla, mi buen Nadal, vedla primero,
que cuando esteis de su hermosura ufano,
á solas trataremos
de dar á su cabeza una corona
que mucho ha de valer si ella la abona.

NADAL. Honra tan grande...

SALOM. Tal es mi voluntad : que en mi egoismo
sé bien, y os lo declaro con franqueza,
que al honor, á la prez de mi nobleza
honrándoos á vos me honro á mí mismo.

(Vánse.)

ESCENA V.

SALOMON, SINIBAL, MIRON y SUNYER.

SALOM. Decidme, pues, sin reparo
qué os parece este mensaje.

SUNYER. Yo creo que su hospedaje
os ha de costar muy caro.

MIRON. Cierto es que antiguos rencores
en otro tiempo existieron;
mas hoy no sé en qué pudieron
fundarse vuestros temores.

SUNYER. ¿No sabeis? pues por quien soy
que á no veros tan leal,
creyera que por Nadal
nos haciais traicion hoy.

MIRON. ¡Yo traidor!

SUNYER. No; tal no digo.
Mas cuando murió el de Ria
juró Nadal vengaria
la muerte vil de su amigo.
¿Es cierto?

MIRON. Sí; mas se sabe
que sus asesinos fueron
los Val, y pues ya murieron,
tomar venganza no cabe.
SUNYER. En ellos no: muertos son
y de los muertos no hablamos:
mas sí de los que tomamos
parte en aquella escursion.
Bien sabeis vos que juró *(A Salomon.)*
matar á cuantos de Ria
iban en la compañía
cuando el crímen sucedió.
Vos por tanto...
SALOM. ¡Yo! ¿por qué?
¿Por qué, si á nadie se esconde
que yo no fuí con el Conde
cuando asesinado fué?
SUNYER. Es cierto; mas imagino
que mal tal hecho os abona,
cuando debeis la corona
al puñal de un asesino.
SALOM. ¡Sunyer!... *(Irritado.)*
SUNYER. Inocente os creo;
mas la calumnia os acusa
y en tal calumnia, la escusa
de una gran traicion preveo.
Os acusan de asesino:
Sois usurpador tambien
y....
SALOM. Cierto mis ojos ven
de la traicion el camino.
Mas no hallo por qué temer,
de Nadal en la venida.
SINIBAL. Quien confía y se descuida
está próximo á caer.
SALOM. Yo por qué temer no tengo.
SINIBAL. Pero bien sabeis vos mismo
que al borde estais del abismo,
y en lo dicho me mantengo.
Bien sabeis el juramento
que al conde Nadal obliga,
y bien claro lo atestigua

su franco resentimiento.
Que si no ibais con nosotros
en la espedicion aquella,
debeis la corona á ella.

SALOM. Eso vosotros, vosotros.
Yo solo advertiros quiero
que si el peligro temeis,
antes que morir, mateis,
pues para mí sois primero.

SUNYER. *(A Sinibal y Miron aparte.)*
Matarle nos manda.

MIRON. *(A Sunyer bajo.)* Cierto.
Mas....

SINIBAL. *(Bajo á los dos.)* Recémosle por muerto.

SALOM. *(Como para sí.)* Los conozco, morirá.
Llamad, Sunyer, á mi hija
y desarrugad el ceño.
Ya sabeis que tengo empeño
en que ningun mal le aflija:
hoy aun no la ví, es ya tarde.
Id, id.

SUNYER. Señor....

SALOM. Escuchad....
Antes que os maten, matad.

SINIBAL. Gracias.

SALOM. Id; y Dios os guarde.

ESCENA VI.

SALOMON, *solo.*

Bien, bien; sin duda ninguna
comprenderán mis palabras
y está en su interés salvarme
porque ellos tambien se salvan.
¡Oh! sí, morirá, y su muerte... *(Transicion.)*
No, la guerra no me espanta,
y poco importa que quiera
vengar tal agravio Francia.
Correremos al combate.
Y ¿quién sabe si mis armas

lograrán que independiente...?
Sí, sí: la suerte me halaga.
Conde independiente acaso
mi grey me verá mañana.
(Transicion y con profundo terror supersticioso.)
¡Mañana....! ¡Mañana espira
ese plazo que me espanta:
polvo, deleznable polvo
son las grandezas humanas!
Ese Yuref, ese sino,
que fin á mis dias marca...
Llegar Nadal cuando cumple..!
¡Oh! coincidencia estraña.
En fin, velemos, velemos
y ¡ay de quien traicion fragua!

ESCENA VII.

SALOMON, EMA.

EMA. Dios os guarde, señor.
SALOM. Ven, hija mia.
Pero ¿qué tienes? dí por qué, mi vida,
como siempre en mis brazos no sonries?
¿Quién te tiene ofendida?
¿qué fiero mal te acosa?
¿qué puede darte enojos...?
¿quién causa tu dolor, luz de mis ojos?
EMA. No me ama, señor. ¡Oh! ¡no me ama!
SALOM. (¡Maldicion sobre él!)
EMA. Y yo que triste
de amor me quemo en la abrasante llama.
Quisiera odiar á Ria, y....Pero en vano!
que cuanto mas mi corazon resiste,
y cuanto mas padezco, y sufro, y muero,
tanto mas ¡ay de mí! loca le quiero.
SALOM. Olvídale.
EMA. Jamás: á sus amores
abrióse el alma mia
como el pintado cáliz de las flores

se abre á la luz del sonriente dia.
Sin sol no hay flores; sin su amor mi alma
muriera como muere en lánguido desmayo
flor á la cual del sol no besa el rayo.

SALOM. Deliras, hija mia: pobre enferma
exageras el mal que te maltrata,
y agravándole mas con tus delirios,
tú misma, para tí, creas martirios.
Pero eso no ha de ser: ¿no ves que hiere
mi pecho tu dolor? ¿No ves que ingrata
sufriendo así con tu dolor impío
sufrir haces tambien al pecho mio?
Pero eso no será. ¿Dime, me quieres?

EMA. ¿Que si os quiero, decís? ¡Si sois mi padre!
Si siempre para mí fuisteis tan bueno,
¿no os he de querer yo?

SALOM. Pues bien, no llores. El porvenir sereno
ha de ser para tí senda de flores
de Ria consiguiendo los amores.

EMA. Imposible.

SALOM. ¿Imposible? Tú tan bella,
tú del condado catalan orgullo,
flor delicada que entre mil destella....
desecha tu temor, que necio fuera
quien logrando tu amor no te quisiera.

EMA. Quien ama ya, sin que su amor yo tilde,
corresponder á mi pasion no puede.

SALOM. Vifredo...

EMA. Por mi mal, ama á Bruenilde.

SALOM. *(Aparte y como para sí.)*
¿A Bruenilde? ¡Traidor! ¡ira del cielo!
Todos en contra mia se concitan
repartir mi corona, codiciando
Ria, Nadal, Bruenilde... Mas yo velo
y si Nadal de Ria la bandera,
por hacer á su hija soberana,
sigue atrevido, su perfidia fiera
descubierta mirando,
en sangre anegaré su torpe bando.
(Con furor, cambiando y con sentimiento.)
¡Oh! Calma. Que su pecho no torture *(bajo.)*
el horrible dolor que me tortura.)
Hija mia... *(Sumo cariño.)*

EMA. Señor...
SALOM. ¡Hija del alma!
Tu fiero pesar calma,
que yo te juro quedará vengado
con la sangre del vil que le ha causado.
EMA. Piedad, señor, piedad.
SALOM. Nunca ese hombre
espere gracia en mí, siempre contrario,
su odiado nombre la bandera ha sido
que mis nobles traidores han seguido.
EMA. ¡Oh! no le amenaceis, le quiero tanto,
que esa fiera amenaza
mi pecho llena de mortal espanto,
y por salvar su vida,
resistiendo tenaz de cualquier modo,
osara á todo; ¿me entendeis? á todo.
(Transicion.)
SALOM. *(Aparte como para sí.)*
Morirán Nadal y él. Pero entre tanto....
Calma!... *(Transicion y alto.)*
Ven, hija mia, y ese llanto
enjuga, que no deben los dolores
nublar la faz del sol de mis amores.
No temas: tú le quieres
y yo por tí; porque tu amor no sufra,
¿qué no haré? Nada temas, si tú eres
la que mis pasos guia,
¿qué puedes tú temer? yo le perdono,
que tu infinito amor habla en su abono
EMA. Gracias, gracias...
SALOM. Airado contra Ria
al verte padecer quizá un instante
ódio sentí hácia él; mas ya la calma
puede volver á tu intranqui alma.
(Señalando á Sunyer y Sinibal.)
Mira. Cálmate pues, y diestra oculta
ese dolor que mi poder insulta.

ESCENA VIII.

DICHOS, SINIBAL, SUNYER *por la derecha.*

SUNYER. Señor, Ema, dispensad
que así llegue á interrumpiros;
pero es urgente advertiros
de un caso tan grave.
SALOM. Hablad,
hablad; que se vé de sobra
vuestra alteracion, y temo
que ha de ser el caso estremo
cuando os causa tal zozobra.
¿Qué sucede?
SUNYER. Por mi mal
poco há que insultado fuí
mediando un mentís que dí.
SALOM. ¿A quién?
SUNYER. Señor, á Nadal.
(Señal de disgusto en Salomon.)
Del rey Cárlos mensajero,
sé que á tal rey representa;
mas hirió tan torpe afrenta
el honor de un caballero:
y si él representa un rey,
yo represento mi honor,
y de mi honra el esplendor
es en mí mi primer ley.
Por tanto ya concertados
esta noche...
SALOM. No, ese duelo
no puede ser, yo lo anhelo;
basta de ódios menguados.
SUNYER. Sois nuestro Conde y á mas
mi alma os está agradecida;
disponed pues de mi vida;
pero de mi honra jamás.
Concertado ya este duelo
nada de él me apartaria,
ni vos.....

SALOM. *(Aparte con gozo.)* Bien los conocia:
morirán.
SUNYER. Ni el mismo cielo.
Vifredo de Ria....
EMA. (¡Ay Dios!)
SUNYER. Será el testigo en tal lance
en que muerte es fuerza alcance
uno al menos de los dos.
SALOM. (Morirán ambos; su miedo
asegura mi esperanza,
y ellos me darán venganza.)
EMA. Padre, salvad á Vifredo.
SALOM. *(A Sunyer y Sinibal.)* Razon y justicia piden:
cesen los viejos rencores
que á mis nobles servidores
enemistan y dividen.
Tiempo es ya...
SUNYER. Ved que es razon
lo que á demandaros llego.
SINIBAL. Yo tambien uno mi ruego
á tan justa peticion.
EMA. Señor, tal duelo impedid.
SALOM. *(A Ema.)* Lo impediré, no te apenes.
¿Todo mi amor tú no tienes?
Venid, vosotros, venid.
EMA. *(A Sinibal y Sunyer, señalando su aposento.)*
Mas...
SALOM. *(A los mismos y como contestando á Ema.)*
A solas trataremos
de arreglar asunto tal.
Bien sabeis lo que á Nadal
apreciamos y queremos.
EMA. Pero Vifredo...
SALOM. En mí fía.
Amenazaré á los dos
y nada osarán. Adios.
EMA. Id con Dios.
SALOM. *(Al marcharse los tres.)* ¡Pobre hija mia!

ESCENA IX.

EMA, *luego* BRUENILDE.

EMA. ¿Qué es esto? ¿Por qué ¡ay Dios! mi pobre alma
encapotan fatídicos celajes?
¿Qué temo? ¿Por Vifredo? Nó, su vida
guarda y protege mi ansiedad amante
y es mi amor muro contra el cual se estrella
la cólera sangrienta de mi padre.
BRUEN. *(Saliendo.)* Señora....
EMA. ¿Qué quereis?
BRUEN. *(Con inquietud.)* ¿Dónde está el Conde
vuestro padre? Decid, calmad mis males.
EMA. Muy poco há que abandonó esta cámara,
Sinibal y Sunyer acompañándole.
BRUEN. Sinibal y Sunyer, ¡malditos sean!
EMA. Bruenilde, reparad....
BRUEN. ¡Que yo repare!
Si de mi padre atentan á la vida
y yo lo sé, ¿me mandareis que calle?
Jamás; sí en campo abierto y frente á frente,
como cumple entre buenos le retasen,
yo no temiera, que temer no puedo
por quien fué vencedor en cien combates.
Pero yo sé que aleves esta noche,
con perfidia y doblez han de matarle
y que mi padre y Ria morir deben.
EMA. ¿Ria, decís?
BRUEN. Sí; Ria: ódio implacable
entre él y vuestro padre existe há tiempo
y es de tal ódio la razon muy grave.
El padre de Vifredo, nuestro Conde,
asesinado fué: callar dejadme
el nombre vil de su asesino aleve,
pues sufrierais sin duda al escucharle.
Y sabed solo que de aquí proviene
ese ódio fiero que sufrir nos hace.
Me haceis dudar, quizás en esa muerte....
Mas nó; no puede ser! Vos me engañasteis.
Salvémosle, salvémosle.

BRUEN. Señora,
tanto interés por él...
EMA. No ya rivales
por nuestro amor celosas, cual villanas,
rencor tan solo nuestras almas guarden.
Dignas seamos del amor de Ria
uniéndonos por él y por salvarle.
Me odiais y os odio: mas las dos le amamos
y ante él, Bruenilde, nuestros ódios callen.
BRUEN. Teneis razon: salvémosle, aunque luego
haya de veros de su amor triunfante.
(Que me ayude... despues... Ria me ama
y no puedo temer, aunque ella le ame.)
EMA. Yo solo encuentro por mi mal un medio
para estorbar estos funestos planes.
Mi padre....
BRUEN. No creais....
EMA. Hace muy poco
que aquí me prometió....
BRUEN. ¡Mentidas frases!
Vuestro padre le odia, y sus promesas
no os pueden halagar, que son falaces.
EMA. Hay otro medio: si al alcázar Ria
viene esta noche, evitareis tal lance.
BRUEN. Pero ese medio...
EMA. A vuestro amor rendido
sé que otras veces acudió anhelante.
Citadle ahora, que si Ria viene,
impedir ese duelo es harto fácil.
BRUEN. Mas, cómo hacer....?
EMA. *(Interrumpiendo.)* Vuestra amorosa cita
le anunciará, si lo quereis, un paje.
(Salomon, Sinibal y Sunyer asoman por la derecha.)
BRUEN. ¡Sea! venid, y vuestra noble ayuda
el cielo justo recompense y pague.
EMA. Vamos.
SALOM. *(A Sunyer y Sinibal.)* Callad.
EMA. Decid al noble Ria
cuanto grato le sea: amor pintadle,
pidiéndole esté aquí cuando el silencio
anuncie de la queda los señales.

Así le salvareis, y al par que á Ria
salvais tambien á vuestro noble padre.

SALOM. *(Aparte á Sunyer y Sinibal.)*
¿Escuchais?

EMA. Vamos, pues.

BRUEN. Vamos, señora,
y el cielo amigo vuestro plan ampare. *(Vánse.)*

ESCENA X.

SALOMON, SUNYER *y* SINIBAL.

SALOM. ¿No oisteis? Tambien mi hija
á los traidores ayuda.
Tambien ella...

SUNYER. Vuestros planes
favorece la fortuna.
Nadal acudirá al duelo
en el que es fuerza sucumba,
pues de mis fieles arqueros
cuento con la brava ayuda.

SALOM. ¿Mas, si no acude?...

SINIBAL. Su arrojo
el que acudirá asegura,
y podeis contarle muerto
como á nuestra cita acuda.
Bien sabeis es necesario
terminemos esta lucha
antes que dándole tiempo
su fiera venganza cumpla.
De Ria en la muerte sabe
que los tres tuvimos culpa,
y aunque los dos Val murieron
borrando sospechas muchas,
bien sabeis que de su muerte
públicamente os acusa,
y que la verdad del hecho
es fácil que se trasluzca.

SALMO. Teneis razon.

SUNYER. Hoy la suerte
os brinda, señor, su ayuda,

y es preciso aprovecharse
de ocasion tan oportuna.
Nadal morirá esta noche,
y Vifredo sin su ayuda
es pequeño inconveniente
que muy pronto se derrumba.
El rey francés en sus reinos
con harto qué hacer se ocupa
para que vengar intente
de tal suceso la injuria.
Mal seguro allá en su casa
no puede darnos pavura,
que antes de cuidar la ajena
querrá defender la suya.
Por tanto, pues la ocasion
es propicia como nunca,
concluid y de una vez
haced vuestra á Cataluña.

SALOM. Ya es tiempo, sí! Que esta noche
baje Nadal á la tumba.
Ria tambien aquí preso
hoy será. Venganza justa
daré á Bruenilde, con ella
ganándome su ternura).
(Alto.) Conque ya sabeis Nadal...

SUNYER. Morirá sin duda alguna.

SALOM. Vifredo...

SIN BAL. *(Interrumpiéndole.)* Aquí será preso.

SALOM. Está bien. Rumor se escucha...
Callad y lo dicho baste.

SUNYER. *(A Sinibal aparte.)*
Hoy la suerte nos encumbra.

SALOM. Ya de ellos no necesito *(Aparte.)*
si al fin hoy mi estrella triunfa.

ESCENA XI.

DICHOS, VIFREDO, NADAL, MIRON Y NOBLES.

NADAL. Si vuestra vénia me dais....

SALOM. Sí, marchad, marchad.

Pero mañana en verdad
espero que me veais.

NADAL. Veros sabeis que deseo.

SALOM. Adios, pues, mi noble amigo.
Mas venid...

NADAL. Dios es testigo
de mi impaciencia.

MIRON. *(Bajo á Nadal.)* Lo creo, *(Vánse.)*

SALOM. Id, id; la sima no veis *(Aparte.)*
á que ciegos caminais.
Mañana decís... soñais,
Mañana no existireis.
(Cae el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion del acto anterior.

ESCENA PRIMERA.

SALOMON, BRUENILDE.

SALOM. ¿Cómo así, noble señora,
tan tarde y tan desolada?
BRUEN. Asuntos son de mi padre
que aun no salió del alcázar.
SALOM. Dispensad si he preguntado
de vuestra inquietud la causa;
mas siempre vive intranquilo
el corazon que bien ama.
BRUEN. Conde.... *(Con impaciencia.)*
SALOM. Dejadme deciros
la pasion que me avasalla;
dejad que mi lábio os diga
el pesar que sufre el alma.
¡Oh! ¿por qué os vieron mis ojos,
por qué mi pasion os llama,
si siempre á mi ruego amante
os mostrais, Bruenilde, ingrata?
¿Por qué, si doliente os pido

de mi corazon la calma,
desdenes encuentro solo?

BRUEN. Basta.

SALOM. Mas oid....

BRUEN. No; basta.
Desde niña, prisionera
os serví de represalias,
y sé bien hasta qué punto
son ciertas vuestras palabras.
No prosigais, pues; dejadme
sin mentarme cuitas falsas,
que mas que amada por vos,
soy para vos necesaria;
y en mí no busqueis ternura,
puesto que buscais alianza.
Dejadme pues.

SALOM. Bien comprendo
el peso de mi desgracia.
Otro es quien mas venturoso
vuestro afecto me arrebata;
otro es quien logra esa dicha
que yo para mí soñaba.

BRUEN. Conde....

SALOM. No, no me ocultеis
pasion que veo tan clara.

BRUEN. Nunca se ocultan al mundo
sino pasiones que infaman,
y la mia, á fuer de noble,
en vez de humillar, ensalza.
Amo y...

SALOM. Ya sé que Vifredo
halló en vuestros ojos gracia;
ya sé que en una corona
teneis puesta la esperanza
y que por el noble Conde
pensais, señora, lograrla;
ya sé...

BRUEN. Callad y evitadme
de escuchar tales infamias.
No la ambicion es mi guia,
que á ser por ella guiada,
yo, que vuestro amor rechazo,

nunca así lo rechazara.
Mal me juzgais, y ese juicio
que ni me ofende ni estraña,
más de mi lado os repele,
más mis desdenes afianza;
que el que bien ama, bien juzga
de la persona á quien ama.
Y aquel que amando lo malo
demuestra que el mal le agrada,
á quien de noble se precia,
á quien se tenga por dama,
en vez de inspirar amores,
inspira á lo sumo lástima.
Ya lo sabeis.

SALOM. Voy á daros
un consejo de importancia;
que al ver pasion tan sublime,
fuera en verdad grande lástima
que un accidente imprevisto
vuestra dicha perturbara.
Muchos son de Ria amigos;
mas son muchos los que os aman,
y es fácil en un encuentro
recibir una estocada:
velad por él, y creedme
que son sus miras muy altas,
y es posible, si descuida
mirar bien por donde marcha,
que por cuidarse del cielo
tropiece en la tierra y caiga.
Hacedlo así.

BRUEN. Sí lo haré.

SALOM. Y pues os dejo avisada,
permitid que me retire
sin daros de enojos causa.
Dios os guarde.

BRUEN. Dios os guie.

SALOM. Con vos quede. *(Váse por la izquierda.)*

BRUEN. Con vos vaya.

ESCENA II.

BRUENILDE, *luego* NADAL.

BRUEN. ¡Oh! fatídico resuena
en mi corazon su acento,
y un vago presentimiento
de frio terror me llena.
No salgais. *(A Nadal, que sale por la derecha.)*
NADAL. Es menester.
BRUEN. Acceded, padre, á mi ruego;
si os vais no tendré sosiego
hasta que os vea volver.
Tal vez los agüeros son
necedades irrisibles;
mas yo siento en mi terribles
las voces del corazon.
Y aunque vos las desoigais
por escuchar solo al brio,
dadme gusto, padre mio;
no salgais hoy, no salgais.
NADAL. No temas; embajador
de un rey que me da su ayuda,
contra la traicion me escuda
el nombre de mi señor.
No temas, pues.
BRUEN. Mis temores
crecen más al escucharos,
pues os miro confiaros
en manos de los traidores.
Yo sé que es cierto, señor,
que á Cárlos representais,
que gran renombre gozais
y es grande vuestro valor.
Pero tambien sé que arteros
pueden hacer los puñales,
lo que no hicieron leales
espadas de caballeros.
Hoy una cita teneis,
en la que un duelo tratais;

mas yo os pido no vayais,
y vos tan bueno, no ireis.

NADAL. Iré, pues mi honor me lleva.

BRUEN. ¡Mi honor! Y ¿qué es el honor
si el éxito ó el valor
son de nuestro honor la prueba?
¿Acaso en una pendencia,
ó en la punta de una espada
puede estar nunca guardada
la joya de la conciencia?
No saldreis de aquí. *(Resolucion.)*

NADAL. Saldré.

BRUEN. Vifredo cual vos no irá.

NADAL. Nunca al deber faltará
el que siempre honrado fué.

BRUEN. Él de su amor vendrá en pos
á la cita que le dí.

NADAL. ¿Tú le citaste, tú?

BRUEN. Sí.
Por salvaros á los dos.

NADAL. Nunca, nunca yo creia
que á Vifredo deshonraras;
yo consentí que le amaras,
porque te creí hija mia.
Mas hoy prohibo ese amor
que viene á hacerle tu esclavo,
pues vale mas para el bravo
la muerte que el deshonor.
Vifredo debe al Condado
la vida que éste le dió:
si él á tí te la ofreció
la roba á quien se la ha dado.
Si él en la lucha perece,
perezca noble en buen hora;
mas no diga que le adora
la mujer que le envilece.

BRUEN. ¿Yo envilecerle? Es verdad:
¿qué sabemos las mujeres
lo que son esos deberes
hijos de vuestra crueldad?
Id, señor, id á ese duelo
que vuestro honor os reclama;

¿qué importa de quien os ama
el amargo desconsuelo?

NADAL. Basta: no cobarde llores
penas que forja tu idea:
fuerza es ya que tu alma sea
superior á tus temores.
Buscar á Ria interesa
antes que á tu cita acuda.
Adios.

BRUEN. Que el cielo os dé ayuda
en tan difícil empresa.

ESCENA III.

DICHOS; *en el momento de separarse*, EMA.

EMA. *(A Nadal.)* Os buscaba.

NADAL. *(Admiracion irónica.)* ¡Vos, señora!
¡Tanta merced dispensarme!
¡Vos hacerme tanta honra!

EMA. Dejad, Nadal, esas frases,
que si en fiestas y saraos
sedas visten los galanes,
bruñido acero tan solo
visten para los combates.
Bien mi profunda amargura
podeis ver en mi semblante.
Y cuando á vos, así fieras
mis desventuras me traen,
demás está que yo diga
que son muchas, y son grandes.

NADAL. Si remedio alguno tienen,
vuestras penas confiadme.

EMA. ¡Oh! sí; vos sois generoso.
¿Y Vifredo?

NADAL. *(Retrayéndose.)* Dispensadme.

EMA. No, no estrañeis que le busque,
ni que os pregunte os estrañe;
bien sé que por su enemigo
me da mi suerte implacable,
y que sus ódios los hijos

heredamos de los padres.
Sé que á Dios plugo de Ria
frente á frente colocarme;
pero sufro tanto, tanto,
que comprenderlo no es fácil.
(Movimiento de Bruenilde.)
¡Oh! no me dirijo á vos:
ya sé que somos rivales
y que juntos en un pecho
celos y piedad no caben.
Pero á vos, sí, vos sois noble,
vos le servisteis de padre
y en defensa de su vida...

NADAL. El peligro señaladme,
pues sin saber dónde se halla
difícil es evitarle.

EMA. Van á prender á Vifredo.

NADAL. ¿Dónde? ¿Cuándo?

EMA. Aquí: escuchadme.
Por mi padre sorprendida
la cita que le otorgasteis, *(A Bruenilde.)*
si Ria al alcázar viene
todo socorro es en balde,
pues la guardia prevenida
está ya desde esta tarde.

NADAL. ¡Maldicion! corro en su busca.

BRUEN. Id; mas si no le encontraseis
y viene aquí, y por desgracia
cierta es su prision infame,
yo esperaré vuestra vuelta:
de ella al momento avisadme:
avisad con tres palmadas,
y si yo las contestare
entrad á sangre y á fuego
el alcázar adelante.
Id.

NADAL. Adios. *(A Ema marchándose.)*

EMA. *(A Nadal.)* Marchad.

BRUEN. Sí, presto.

EMA. ¡Dios mio! vé mis pesares,
y expíe el crímen de hija
el fiero dolor de amante.

ESCENA IV.

EMA, BRUENILDE.

BRUEN. ¿Llorais?
EMA. Lloro.
BRUEN. Por Dios, que bien lo veo,
y mirándolo estoy regocijada.
¡Llorar viéndoos yo! ¡Darme el consuelo
de veros angustiada,
cuando sabeis os odio! no creyera
en tal debilidad si no la viera.
EMA. Teneis razon, el llanto es cobardía,
y ya el valor de demostrar es hora.
Mirad: no lloro más: fuerte y bravía,
salga á la faz el ódio que os profeso.
Y... pero no; jamás él nos iguala
con la persona odiada, y aquí somos,
la sierva indigna vos, yo la señora.
BRUEN. ¿Señora?... Sí: Condesa os aclamaron
al aclamar á vuestro padre Conde
los viles que al de Ria asesinaron.
Sí, sí. Condesa sois. Mas el destino
que os llama á vos Condesa Soberana,
á quien el sér os dió, llama asesino.
EMA. Me inspirais compasion: si á vuestro padre
por heriros á vos torpe manchara,
en vez de yo humillaros, me humillara.
Pero sois mi rival, y vuestro encono
á ira no me mueve, pues comprendo
lo que puede el amor, y os lo perdono.
BRUEN. ¡Que vos me perdonais! ¿Que vos, la hija
que de su padre en contra se desvela,
me podeis perdonar? ¿que vos...? Muy necio
es tan noble perdon y le desprecio.
EMA. ¡Oh!
BRUEN. Como á vos tambien. Si yo os mirara
ocultar vuestro amor firme y serena,
si mártir generosa os encontrara
en vez de criminal....

EMA. Me causais pena.
¿Y decís que quereis? ¿y en vuestro pecho
del fuego del amor la ardiente llama
decís que poseeis? ¡Pueril orgullo!
quien puede en sí pensar, ese no ama:
No; yo la criminal, yo la que aleve,
de mi padre y señor luchando en daño,
la mano beso que matarme debe,
comprendo qué es amor: Triste y cruenta
mi suerte quiere que mi amor me afrente.
¡Pues bien, sea! ni el fallo yo rehuyo,
ni su terrible pena me amedrenta,
que no es digna pasion la que me afrenta.
BRUEN. Tal lenguaje jamás de vuestra boca
pude escuchar, señora, y sospechando
voy, y no sin razon, que estareis loca.
EMA. ¡Loca! ¡Cuán pobre sois! Si nos mirara
frente á frente rivales el de Ria;
si nuestro amor Vifredo comparara,
el vuestro, por mezquino, despreciara,
y el mio, por sublime, admiraria.
Pobre es vuestra pasion, ruin...Mas¿qué digo?
¿Ni por qué os culpo yo? ¿Quizás el roble
nace de la simiente del helecho?
Cómo nacer amor en vuestro pecho?
La débil golondrina á quien ofende
el resplandor del sol de la mañana,
¿la grandeza del águila comprende?
Imposible: ¡jamás! grandes pasiones,
solo caben en grandes corazones.
BRUEN. Grandeza para el mal, grandeza....
EMA. *(Se oye ruido que va acercándose.)* Basta.
¿No escuchasteis? oid: Si vuestro pecho
alberga esa pasion que vuestro lábio
infirióme hace poco como agravio.....
BRUEN. Venid, venid por Dios. ¿Qué? ¿Teneis miedo?
EMA. ¿Miedo?... por él.
BRUEN. ¿Por él?
EMA. Sí, por Vifredo.
¡Se acercan! ¡oh! venid, venid conmigo.
Salvadle y os perdono.
BRUEN. ¿Vos? ¡No importa! Por el de Ria os sigo.

ESCENA V.

SALOMON, SINIBAL, SUNYER *y* MIRON.

SALOM. ¿No oisteis? nombrar á Ria
me pareció que escuché.
SINIBAL. Desechad temores vanos.
SUNYER. Aprension vuestra!
SALOM. Tal vez.
Eso será, sí; mas hoy,
sin esplicarme el porqué,
de un afan estraño siento,
el fatídico poder:
y mañana espira el plazo
que me señaló Yuref!
MIRON. ¡Patrañas, necias patrañas
indignas de vuestra prez!
Vos sois el señor.
SALOM. ¡Oh! sí.
Lejos de mí la cruel
supersticion infamante
que en mi mengua demostré.
Yo soy el señor; si ellos
contraviniendo mi ley
rebeldes banderas alzan
que contra la mia estén,
para envolver sus cadáveres
sudarios de ellas haré.
¡Basta de duda! hoy Vifredo
verá al fin quién vence á quién.
Y sus necios partidarios,
cuando se vean sin él,
implorarán su perdon
de rodillas á mis piés.
¿Y la gente? *(Como acabando su distraccion.)*
SUNYER. Prevenida
desde antes de anochecer.
En esa cámara ocultos, *(La derecha.)*
en cuanto el aviso deis,
sujeto por mis arqueros
al de Ria os mostraré.

SALOM. Hacedlo; mas de su vida
con las vuestras respondeis.
Cuenta estrecha de Vifredo
pidiera Nadal despues,
y es preciso que su sangre
no caiga sobre mi sien.
SUNYER. Aleve es el tal Vifredo.
SALOM. Sí; mas doblez por doblez:
veremos cuál de los dos
al otro logra vencer.
Yo su perdon esta noche
aquí le concederé.
Mas si luego, como es fácil,
de oculta mano á merced
muriera por su desgracia,
no culpe á mí, sino á él.
¿Me comprendisteis? pues vamos:
mi órden obedeced. *(Vánse)*
Y si Ria aquí no muere,
gracias á la suerte dé.
Pero despues... Y ¡quién sabe
lo que pasará despues! *(Vánse por la derecha.)*

ESCENA VI.

La escena un momento sola, luego BRUENILDE.

¡Cuánto afan! ¡Cuán lenta y cruda
tiende la noche su paso!
Si Ema falaz acaso....
¡Oh! me asesina la duda.
Tal vez de mi bien celosa
impedir quiso esta cita....
No, que en su acento la cuita
era verdad lastimosa.
(Se oye una señal de imitacion del canto del cuquillo.)
Su señal.... ¡Dios mio, vé
lo amargo de mi destino;
abre, Dios Santo, un camino
á quien pone en tí su fé!
(Vuelve á sonar la señal.)

¡Otra vez! Tenaz provoca
su muerte; ¿y cómo advertirle...
Mas si abajo mandó herirle
Salomon?... ¡¡Me vuelvo loca!!
Corro á abrirle...., nunca, no:
muere si en subir se empeña.
¡Conde, conde de Cerdeña,
cuánto te aborrezco yo!
(Se oye otra vez la señal.)
Vuelve á llamar. ¡Dios de Dios!
¿qué hacer? Le pueden oir
y entonces... ¡Si ha de morir
muramos juntos los dos!.
(Coloca la luz en una de las ventanas del fondo, á poco se oye ruido de una escala que se apoya en ella.)

ESCENA VII.

BRUENILDE, VIFREDO.

BRUEN. Ven, la cobarde traicion
te espera, bien mio, aquí;
ven y huye por compasion;
huye y calma la afliccion
de quien vive para tí.
VIFRED. Te escucho sin comprender
tus infundados recelos,
en los que no he de creer.
¿Qué? puede el hombre temer
cuando se acerca á los cielos.
A la luz de tu hermosura
llego rendido y leal,
¿y darme quieres pavura?
No, donde está la ventura
no puede albergarse el mal.
BRUEN. Deja frases halagüeñas
y escúchame por piedad.
VIFRED. ¿En darme temor te empeñas,
ó es, mi amor, que me desdeñas?
BRUEN. ¡Desdeñarte! no en verdad.

Mas á Salomon vendida
fué, sin que sepa por quién,
esta cita maldecida.
Ven, huye, salva tu vida;
sálvate y huye, ven, ven.

VIFRED. Bendiga Dios tus temores,
que aunque temores de niño,
dan mas fuerza á mis amores,
pues son las pruebas mayores
de tu adorado cariño.
Y no sabes qué placer
me produce ese temor
que solo me hace temer
el que puedo enloquecer
con la dicha de tu amor.
Ven, cálmate, vida mia,
y desecha esa pavura
que abulta tu fantasía.
Ven. *(Sentándose.)*

BRUEN. Sálvate, por Dios, Ria;
ten piedad de mi amargura
Salomon...

VIFRED. Bien, déjalo
que me prepare emboscadas
y que me amenace ó no;
que su estrella se apagó,
y están sus horas contadas.
Mañana al alborear
libre será Barcelona,
y, ó muerto yo he de quedar,
ó Salomon pierde al par
de la vida la corona.
Desde el sepulcro en que mora,
puesta en mí su confianza,
venganza mi padre implora,
y mi corazon devora
ardiente sed de venganza.
Por ella lucho y me agito
en esta èmpresa atrevida,
hija de mi ódio infinito.
Yo del Conde necesito,
no la corona, la vida.

ESCENA VIII.

DICHOS, SALOMON *por la derecha.*

SALOM. Seguid; seguid.
VIFRED. ¡Vos!
SALOM. Yo, yo que tranquilo
la serpiente abrigué dentro del pecho;
yo que os servi de cariñoso padre
y vuestro bien y vuestra dicha anhelo.
¡Oh! ¡quién creyera que en menguado dia,
lleno de engaño y de perfidia lleno,
vos, el siempre leal, me prepararais,
henchido de ambicion, lazos arteros!
¡Ingratitud, ingratitud bastarda,
digna tan solo de bastardos pechos!..
Pero temblad: la venda ya caida,
vuestra mezquina pequeñez contemplo
y, de hoy en mas, precisa consecuencia
vuestra suerte será de vuestros hechos.
VIFRED. Basta ya, ¡vive Dios! con calma fria
tu perfidia sagaz sufrir no puedo.
¡Infame usurpador, vil asesino!
me pides gratitud.... y ¿qué te debo?
¿Yo gratitud á tí?... Pero... sí, escúchame,
porque es mi voz de tu conciencia el eco.
¿Qué hicistes de mi padre? del que un dia
fué tu Conde y señor, díme, ¿qué has hecho?
¿Dónde está Salomon? ¿Por qué motivo
mis ojos y mi amor lo lloran muerto?
Le mató tu ambicion; no te bastaba
de su bondad sin fin ser el objeto,
y aspirastes á más: una corona
soñó en mal hora tu febril deseo
y en sangre roja la tiñó tu frente,
de una infame traicion fruto sangriento.
SALOM. La torpe lengua ten; ten esa lengua
y cesa ¡vive Dios! en tus denuestos,
que no con ellos la traicion se encubre,
ni tu artera doblez amenguan ellos.
¿Por qué en vez de piedad me pides ódio?
¿Por qué, en tus asechanzas descubierto,

pretendes esplicar como venganza
la insaciable ambicion que arde en tu pecho?
No á tu padre maté, tú bien lo sabes;
mas tú necesitabas un pretesto,
y usurpador, la usurpacion quisiste
atribuirme á mí. ¡Muy bien, Vifredo!
Es idea ingeniosa, y yo la aplaudo;
sois un conspirador.... de gran talento.
Mas ¡vana acusacion, ruin impostura!
Mis nobles saben y conoce el pueblo
que de ese crímen inocente me hallo,
y que los Val sus asesinos fueron.
Bien lo sabe Nadal y bien lo prueba
que, vengador de vuestro padre siendo,
nada hiciera en mi contra, y á sus manos
murieran los de Val como murieron.

BRUEN. Mentís, Conde, mentís, y de mi padre
os desmiente el honor cual yo os desmiento.
Si fueron los de Val asesinados
de una infame traicion por traidor premio,
nó á mi padre culpeis, y mas bien antes
la mano criminal llevad al pecho.

SALOM. ¡Ira de Dios!

VIFRED. Dejemos las palabras
por inútiles ya; si astuto y fiero
borrasteis de tal crímen las señales
vuestros cómplices mismos destruyendo,
en el juicio de Dios poned á prueba
vuestra inocencia.

SALOM. ¡Oh! muy bien lo veo.
Os turba la ambicion, quereis mi muerte
y lograrla anhelais por cualquier medio...
¡Vana idea! La hora del castigo
sonó para vos ya: ¡temblad, Vifredo!
Hasta mi alcázar penetrando osado,
en vueslra tumba penetrasteis ciego,
y en vano intentareis, puesto á mis plantas,
vuestro perdon lograr.

VIFRED. ¡Orgullo necio!
¡Yo pedirte piedad! mal me conoces.
Cual vencedor... ¡vencido te aborrezco!

SALOM. ¡Ah de mis bravos guardias!

VIFRED. *(Tirándole una puñalada.)* Queden antes
mi ódio y mi venganza satisfechos.
Muere pues, Salomon.
SALOM. Os conocia,
y en vano fué vuestro traidor intento.

ESCENA IX.

Dichos, MIRON, SINIBAL, SUNYER *y guardias que entran cuando Salomon dice: «¡Ah de mis bravos guardias!»*

SALOM. ¡Prendedle! *(Los guardias se acercan á Vifredo.)*
BRUEN. No, no, ¡piedad!
¡piedad por Dios, Salomon! *(Arrodillándose.)*
VIFRED. Jamás; no quiero perdon,
ni necesito bondad.
Si es cierto el amor que un dia
me juró amante tu labio,
no ruegues, que es un agravio
rogar á la villanía. *(Levantándola.)*
SALOM. ¡A él!
VIFRED. Venid reunidos.
Hoy enseñaros espero
lo que va de un caballero
á una turba de bandidos.
SALOM. Prendedle. *(Movimiento en los guardias.)*
BRUEN. ¡No, no, por Dios!
¡Perdon, perdon!
SALOM. ¡Oh! jamás.
(Movimiento de los guardias para acercarse á Vifredo y en éste para oponerse. Bruenilde se interpone rápidamente entre las espadas.)
BRUEN. Infame canalla, ¡atrás!
¡ó matadnos á los dos!
(Los guardias hacen esfuerzos para prender á Vifredo sin que sus espadas toquen á Bruenilde. Ésta dice á Salomon con mucha bravura.)
Herid. *(Con nobleza.)*
VIFRED. Sálvate.
SALOM. ¡Que mueran!
SUNYER. ¡A ellos!
SALOM. ¡Oh! morirán. *(Furioso.*

ESCENA X.

Dichos, EMA *interponiéndose rápida.*

EMA. Tambien mi pecho herirán
las espadas que los hieran.
(Movimiento de asombro en todos. Los guardias retroceden.)

SALOM. ¡Tú! ¡Dios de Dios! ¡tú! ¡Maldito
tu torpe amor temerario!

EMA. ¡Oh! no, padre, no, al contrario:
¡bendito sea, bendito!
¡Piedad!

SALOM. ¡Imposible! Nunca:
y es toda súplica vana;
mi justicia soberana
ni nadie ni nada trunca.

VIFRED. ¡Basta ya! no mas por mí
virtais tan piadoso llanto;
no vale mi vida tanto
que deba pagarse así.
Morir mil veces prefiero
á suplicar á su encono:
no, como no le perdono
su infame perdon no quiero.
¡Basta pues! si la venganza
no puede lograr mi anhelo,
creo en Dios, y en la del cielo
tengo puesta la esperanza;
que si la suerte propicia
hoy la encubre con su manto,
hay un Dios, y ese Dios santo
es el Dios de la justicia.
(Rompe la espada en pedazos, y cruzándose de brazos, dice:)
Venid, sin armas estoy
de vuestra saña á merced,
¡y os desprecio!
(Los guardias quieren prenderle. Ema, sacando el puñal de su escarcela, se pone en medio.)

EMA. ¡Atrás, tened!

ó yo la muerte me doy:
y al par de la suya acaba
mi vida. Esto así, matadle.

BRUEN. ¡Oh, no! salvadle, salvadle,
y os juro ser vuestra esclava.
[Pausa leve. Los guardias miran á Salomon, á cuyos piés sigue Bruenilde suplicante. Ema, puñal en mano, sigue amenazándose. Vifredo poco á poco se acerca á los guardias, y Miron, por detrás de todos, á Ema.]

SALOM. *[Como para sí.]* ¡Oh! ¡no puedo mas! Las dos,
las dos con pasion estrema....
y ella... mi hija, mi Ema!
¿Por qué nací? ¡Dios de Dios!
Tal vez tu castigo es
del crímen que cometí.
[Miron, que se habrá acercado á Ema durante el aparte de Solomon, la sujeta por detrás, cayendo el puñal al suelo.]

EMA. *[A Miron.]* ¡Oh! vil traidor, ¡Ay de mí!

MIRON. *[Bajo á Ema.]* Yo le salvaré despues.

SALOM. *[A Miron.]* Ven. *[Llevándose á su hija á la cámara y cierra la puerta.]*

MIRON. *[A Bruenilde.]* Callad.

BRUEN. *[A Miron.]* ¡Infame! vos...

SALOM. ¡Llevadle! *[A los guardias.]*

VIFRED. Vamos, sí; pero,
Conde, te emplazo y te espero
en la presencia de Dios.

BRUEN. Te sigo, Vifredo.

SUNYER. *[A Bruenilde que quiere seguirle.]* ¡Atrás!

BRUEN. *[A los guardias.]* ¡Nunca, asesinos!
[Se lo llevan.]

SALOM. Venid.
[Cogiendo á Bruenilde por el brazo y bajándola al proscenio.]
Os venzo al fin.
[Gozo sangriento.]

BRUEN. No.

SALOM. Salid.
Oye: no le verás mas.

BRUEN. Nunca, no.

SALOM. *(A Bruenilde.)* En pedazos rota
estallar el alma siento,
mas voy á verter sediento
vuestra sangre gota á gota.

ESCENA XI.

BRUENILDE *y* SALOMON.

BRUEN. Viértela, viértela, Conde,
que tu furor no me asusta.
Mas...
SALOM. ¡Ira de Dios! *(Interrumpiéndole.)*
BRUEN. ¡Venganza!
SALOM. ¡Oh! callad, callad.
BRUEN. ¡No, nunca!—
Venganza por el de Ria, *(Yendo al balcon.)*
hidalgos de Cataluña.
SALOM. Siempre ese nombre maldito;
¿le amais, le amais?
BRUEN. Con locura
y sufres terribles celos
que te hieren y te abruman?
¡Bien, Conde, bien! sufre, sufre,
porque yo quiero que sufras.
Quiero, para darte celos,
para aumentar tu tortura,
que comprendas hasta dónde
nuestras dos almas son suyas.
Yo, tu amor, yo, tu deseo,
tu esperanza, tu ventura;
yo, á quien harias gozoso
condesa de Cataluña
y señora de vasallos
y rica como ninguna,
yo desprecio tus riquezas
y tu poder y tu altura,
porque su amor es mi vida,
porque amarle es mi fortuna;
(Movimiento de Salomon.)
porque... Aun no he concluido
de hablarte, no me interrumpas.
Una hija Dios te ha dado:

hija querida, hija única,
y esa hija á quien tú quieres
y cuyo placer procuras,
sabe que el conde de Ria
está con su padre en lucha,
y sabiéndolo le quiere,
y contra tí le da ayuda.
¡Oh! sí, Salomon, sí: grande,
muy grande es hoy mi amargura;
pero la tuya, ¡Oh! me gozo
cuando contemplo la tuya.

SALOM. Con sangre, solo con sangre
se vengan tales injurias,

BRUEN. Hiere!

SALOM. No, despues, despues...
cuando mi venganza cumpla,
cuando gastada tu alma
por tanto dolor, no sufra.
Hasta entonces vive, y vive
para llorar tu fortuna.
¡Vive y padece! Vifredo,
el que amas con tal ternura,
el que es vida de tu vida
y es alma del alma tuya;
Vifredo, el gentil Vifredo
va á morir, ¿oyes? ¿me escuchas?
Va á morir, á morir.

BRUEN. ¡Muera!
Pero lo que hacés calcula.
¿Sabes, Conde, que mi padre
vendrá de Vifredo en busca?
¿Sabes, Conde, que los nobles
de Ria la causa ayudan?
¿Sabes que solo se espera
una ocasion oportuna
para entregar tu cabeza
del populacho á la furia?
¿Sabes que tu pueblo mismo
de tiranía te acusa?
¿Sabes que humean las villas
y que los campos se inundan
con sangre de tus vasallos,

de tu avaricia por culpa?
¿Sabes que toda la Marca
puede alzarse en contra tuya
á la voz de independencia
que años hace ya que busca?
¿Sabes que de Roncesvalles
el eco triste aun retumba,
pregonando una victoria
que da á la Francia pavura?
¿Sabes que su rey no puede
entrar con Vifredo en lucha?
¿Sabes, Conde...

SALOM. Nada ignoro.
Sé que con perfidia mucha,
una nobleza ambiciosa
de traiciones me circunda.
Sé que mi pueblo rebelde
con ella tambien se aduna.
Pero ¡ay de ellos! ¡ay de aquellos
que con viles imposturas
perturban la paz querida
y mi justicia perturban!
Tan medrosos como viles
solo en la traicion se escudan,
y ni uno entre todos ellos,
es capaz de empresa alguna.
(Se oyen las tres palmadas, seña de Nadal. Bruenilde las contesta y dice:)

BRUEN. ¿Ninguno, Conde, ninguno?
Escucha un momento, escucha.
No es una seña de amores,
no, la mano que la impulsa.
No sabe arrancar sonidos
de las cuerdas de una guzla:
solo en el combate arranca
chispas de las armaduras.
Es Nadal, Nadal el Bravo,
que no fué vencido nunca;
Nadal, que del noble Ria
viene con su gente en busca.
¡Oh! tiembla, tiembla, asesino,
porque su cólera es justa,

porque tus pueblos te execran,
porque tus nobles te buscan...
y te buscan para darte
del populacho á la burla.
¡Tiembla, porque Dios cansado
quiere que tu fin se cumpla!
¡Tiembla porque hoy por mi acento
tu fin cercano te anuncia,
y por mi voz te maldice
en el umbral de la tumba!

ESCENA XII.

DICHOS, SUNYER *y* SINIBAL *que entran precipitadamente.*

SALOM. ¡Oh! *[Al concluir de hablar Bruenilde.]*
SUNYER. Señor, hueste aguerrida,
todo el alcázar circunda,
y por Vifredo de Ria
claman airadas las turbas.
BRUEN. *[A Salomon con solemnidad.]*
Dios pone fin á tus crímenes,
tirano de Cataluña.
SALOM. ¡Ira de Dios! pronto, pronto, *[A los guardias.]*
vestid todos la armadura,
y aneguemos en su sangre
á esa envilecida chusma.
Id.
BRUEN. Sí, marchad, asesinos
de indefensas criaturas,
marchad! El que á hierro mata
justo es que á hierro sucumba.
SALOM. *[A Bruenilde amenazante.]*
¡Oh! temed, temed, si triunfo.
BRUEN. ¡Teme tú, si el pueblo triunfa!
[Los guardias de Salomon se dirigen á la izquierda. Se oyen fuera las voces del pueblo. Cae el telon.]

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion. Comienza á amanecer.

ESCENA PRIMERA.

SALOMON, SINIBAL *y* SUNYER.

Al levantarse el telon empieza á escucharse el ruido de la poblacion amotinada y el toque de rebato de algunas campanas.

SALOM. Oid; ¡todo está perdido!
SINIBAL. Todo no: mientras mi brazo
manejar pueda una lanza
os resta, Conde, un soldado.
SUNYER. Leales, cual buenos, somos,
y mientras vida tengamos
habreis de ser ¡voto á Judas
señor, pues tendreis vasallos.
SALOM. Es inútil; el destino
marcó mi terrible plazo,
y en vano es vuestro ardimiento
y es vuestro valor en vano.
SINIBAL. La duda, Conde, es la muerte.
Recobrad, valiente, el ánimo,
y si morir es preciso,
morid al menos matando.

Si no luchais, sois vencido
y muerto por de contado.
Luchad, pues; y cuando menos
al par que os vengueis, vengadnos.

SALOM. Sí, sí, venganza; en la lucha
podrán derrotarme acaso.
Pero antes... ¡Oh! que tiemblen
si les alcanza mi brazo. *(Pausa.)*
Pronto, Sinibal: sin duda
esos rebeldes vasallos
llegarán hasta mi alcázar
su noble Ria buscando.
Pues bien: os encargo de ello:
ya que así lo piden, dádselo.

SINIBAL. Señor... *(Como oponiéndose.)*

SALOM. No me comprendisteis.
Del verdugo acompañado
bajad á su calabozo;
y cuando ese pueblo ingrato
venga, del motin que fragua,
por la cabeza clamando,
arrojádsela cortada
del verdugo por la mano.
Vos, Sunyer, de otra venganza
sois tambien el encargado.
Bruenilde.... ¿me comprendisteis?
¡Oh! sí: veo en vuestro labio
una sonrisa de muerte
que me lo dice bien claro.
Pues bien: si somos vencidos,
su corazon inhumano,
ese corazon de piedra,
sordo siempre á vuestro halago,
registrad con vuestra daga
y ved si en verdad, es mármol.

SUNYER. Juro á Dios... *(Con gozo.)*

SINIBAL. No jureis nada;
y antes bien por el contrario
en vez de jurar venganzas
á la defensa aprestaos.
Si de Bruenilde y Vifredo
á las vidas atentamos,

¿qué rehenes de las nuestras
tenemos, muriendo entrambos?
¿No conoceis el peligro?
¿Ó es que despreciais acaso
del nunca vencido Conde
el arrojo temerario?
Calma, pues; si la fortuna
es contraria á nuestro bando,
de nuestras vidas, las suyas
responden en este caso.
Si vencemos, es distinto.
Mas ved que en caso contrario,
perdidas las represalias
nuestro peligro aumentamos.
Esperad y...

SUNYER. *(Interrumpiendo.)* ¡Esperar siempre!

SALOM. Sí, Sunyer, es necesario.
En dura tension precisa
mantiénese há tiempo el arco:
¡ay, cuando la flecha salga!
¡ay cuando se lance el dardo! *(Pausa.)*
Id, id, con mis fieles guardias
contra ese vil populacho.
Nada de temor; echadles
encima vuestros caballos,
y como á perros judíos
á lanzadas dispersadlos.
Despues ya nos vengaremos. *(A Sunyer.)*
Id, id, al punto.

SINIBAL. Sí, vamos.

SUNYER. Vamos: hoy es un gran dia;
hoy á la vida renazco,
pues al fin de mi venganza
cumple hoy el terrible plazo. *(Vánse.)*

ESCENA II.

SALOMON, *solo.*

¡El plazo terrible! sí;
hoy cumple el terrible plazo,

pues su dicho de rechazo
ha venido á herirme á mí.
En vano quiero de aquí
arrojar este tormento:
inmenso, infinito, siento
el justo enojo divino;
y no es voz de mi destino,
es ¡ay! del remordimiento.
¡El pasado! ¡quién pudiera
el tiempo retroceder!
¡Inútil afan! volver
no puede. ¿Mas si volviera?...
¡No, jamas! lo mismo fuera.
Yo odiaba al Conde de Ria;
yo le odio todavia
con todo mi corazon:
estorbaba á mi ambicion
y otra vez le mataria.
¡Matar!... ¡Sangre!... ¡Dios de Dios!
¿Por qué solo matar puedo?
Su padre... despues... Vifredo
siempre contrarios á nos.
Fuerza es ya que de los dos
uno caiga en la pelea.
¡Muera pues!... Mas esta idea
que en el corazon combato...
¡Oh, no! muero si no mato:
matemos, pues; sea, sea.

ESCENA III.

DICHO, BRUENILDE, *por la derecha.*

BRUEN. Es preciso saber... ¡Ah, vos! *(Viendo á Salomon.)*

SALOM. Sin duda.
y no sé qué os asombre el que yo vele
cuando traidores contra mí conspiran
mis vasallos cobardes y rebeldes.

BRUEN. Mi padre, el pueblo...

SALOM. Sí, por el de Ria
airados claman y luchar pretenden.
Pronto debe morir.

BRUEN. ¡Maldito seas!
¡Maldito seas tú, que sangre viertes! *(Leve pausa.)*
Escucha, Salomon: de tus maldades *(Con voz*
esta la pena es; oye, estremécete. *profética.)*
Sangre vertiste; con la tuya toda
la vertida por tí pagarse debe.
Usurpaste, traidor, una corona:
otro á su vez de tus malditas sienes
á usurparla vendrá. Ley es divina
la pena del Talion y esa es tu suerte.

SALOM. ¡La pena del Talion! vos lo habeis dicho.
Todo es perfidia aquí, todos aleves
en contra mia se concitan fieros,
buscando airados mi esterminio y muerte.
Pues bien, escrito está; vida por vida:
la suya pierdan, pues la mia quieren,
todos me odian, sí, aunque anhelante
velé por ellos y les di laureles;
yo estendí del condado las fronteras;
yo á mi carro triunfal até la suerte,
y villas y lugares con mi espada
arranqué vencedor á los infieles.
¡Y todo en vano! todo: ¡Veces ciento
arrolló mi poder contrarias huestes,
y al retornar, mi pueblo siempre ingrato,
por Vifredo de Ria alzó sus preces.
Una vez nada mas caí vencido:
eran ciento contra uno, y mis valientes
murieron sin cejar un solo paso:
el caudillo del pueblo, el jóven héroe
no peleó aquel dia entre mis filas
y mis armas vencer sin él no pueden.
¿Qué secreto poder tiene Vifredo
para que leales todos le rodeen
mientras que traidores, sí, traidores
mis nobles en su pró todos me venden?
¿Quién es él, vive Dios?

BRUEN. Es tu castigo,
tu expiacion fatídica y solemne.
Nada hay en Ria que los pechos gane:
si su ayuda le dan nobleza y plebe,
mas que por el amor á sus virtudes
es porque tus crueldades aborrecen.
Marchastes hácia el mal precipitado.
Marcha, pues, Salomon, marcha y no cejes;
la piedra de la roca desprendida
en su marcha fatal no se detiene.
SALOM. Es verdad, es verdad, cejar no puedo;
más mi venganza asombrará á los gentes.
Ria debe morir: pues luego muera.
Su pálida cabeza al punto ruede
y sea el calabozo que le encierra
tumba tambien que su cadáver cierre.
BRUEN. Ved que hay un Dios.
SALOM. Y bien, la piedra rueda
en el profundo abismo hasta perderse.
¡Fatalidad, fatalidad impía,
bien escucho tu voz! Matas ó mueres...
me gritas sin cesar. Pues sea; sea.
BRUEN. ¿Dónde vais?...
SALOM. A matar, á defenderme.

ESCENA IV.

BRUENILDE, *luego* EMA.

BRUEN. ¡Madre de Dios, dulce madre,
por los cielos escogida,
sé de Vifredo la egida,
la egida sé de mi padre!
EMA. Rogais al cielo.
BRUEN. Perdon
para mi torpe enemigo,
porque tiemblo ante el castigo
que prepara á Salomon.
EMA. ¿Me acriminais?...
BRUEN. Fuera necio
y tal de mí no espereis;

como por mi calma veis
no os acrimino, os desprecio.
Nacer, en suerte os tocó,
de un padre vil y asesino.
¿Qué sereis vos si el espino
nunca mas que espinas dió?

EMA. Pues siempre tenaz me reta
el insulto en vuestra boca,
advertid que de la roca
nace la gentil violeta.
Y ved bien que yo cual vos
nací sin elegir padre,
teniendo, aunque mal me cuadre,
aquel que le plugo á Dios.

BRUEN. ¿De él renegais?... *(Con gozo.)*

EMA. Su hija soy
y acriminarle no puedo;
su marcha me empuja, cedo
y á donde me arrastra voy.

BRUEN. ¿Vais? Lo esperaba de vos.
En él el crímen mirais
y el crímen en él no odiais.
¡Oh! sí, justicia de Dios.
En el monte Sinaí
claro á su pueblo le dijo:
«castigo al nieto del hijo,
del que se aparta de mí»..
Está escrito y Dios no miente,
porque su palabra es santa;
maldita estando la planta
lo está tambien su simiente.
Esto así, ¿qué sereis vos?
¿Qué sereis, si, aunque no os cuadre,
por hija de vuestro padre
estais maldita de Dios?

EMA. ¿De Dios?... Su nombre bendito
tomais con irreflexion.
Dónde no ha habido intencion
¿cómo puede haber delito?
Gracias mas bien debo dar
porque tal lucha me ha dado:
es mi prueba ¿y qué soldado

ganó fama sin luchar?
Prueba ¡ay de mí! fiera y mucha;
pero es de toda victoria
tanto mas grande la gloria
cuanto mas árdua es la lucha.
Lucho pues, y aunque así lucho
me despreciais; yo os perdono
porque vuestro mismo encono
me dice que sufrís mucho.
¿Y Vifredo?

BRUEN. ¿Me insultais?

EMA. Os pregunto por Vifredo.

BRUEN. ¿Qué? ¿creeis causarme miedo?
Pues bien, os equivocais.
Tal vez en este momento
rueda en el polvo su frente;
mas queda mientras yo aliente
quien sea vuestro tormento.
Era su amor mi esperanza,
su alma era el alma mia,
ha muerto; mas todavia
sobrevive su venganza.

EMA. ¡Venganza! ¿cómo? ¿por qué?
¿contra quién? ¿por qué motivo,
estando Vifredo vivo?

BRUEN. ¡Cómo! ¿Qué decís?...

EMA. Sí, á fé.
Ved de mi semblante el gozo.

BRUEN. ¿No ha muerto Vifredo?

EMA. No.
Miron por mí lo sacó
de su triste calabozo.

BRUEN. ¿Qué? ¡Vos!... *[Transicion].*
sí, pero es igual.
Duró tan poco el engaño
que no puede el desengaño
aumentar en nada el mal.
Quisisteis que mi dolor
creciera así; os engañais.

EMA. ¿Por qué vos, que tanto amais,
dudais así del amor?

BRUEN. ¿Vos le salvasteis?

EMA. Rivales
nos hizo la suerte impía;
pero en el amor á Ria
son nuestras almas iguales.
Todo por él, decís vos,
y todo por él yo digo,
que á un amor inmenso abrigo
damos, Bruenilde, las dos.
BRUEN. ¡Oh! perdonad.
EMA. El erial
tan solo produce abrojos.
BRUEN. Borre el llanto de mis ojos
ese dicho criminal;
y pues el llanto que veis
es harto triste y sincero,
¿me perdonareis?...
EMA. Os quiero
porque tanto le quereis.
BRUEN. ¡Ah! perdonad, olvidé...
EMA. No, venid, dadme un abrazo.
que nos una en tierno lazo.
No amo al de Ria, le amé:
mas hoy amarle no puedo
porque hoy el pueblo atrevido
contra mi padre querido
peleará por Vifredo.
Si él vence debo morir;
Si es vencido y muere, muero:
debo pues, aunque le quiero,
de sus amores huir.
Venid pues y este consuelo
no me negueis enemiga.
Venid. *(Se abrazan).*
BRUEN. Que Dios os bendiga.
¡Oh! sois un ángel del cielo.

ESCENA V.

DICHAS, SALOMON.

SALOM. ¡Ira de Dios! ¿Y Ria? Respondedme. *(á Bruenilde).*

¿Dónde está? ¿Dónde está? ¿y aun fementida
os unís á mi hija en tierno lazo?
Mas lo comprendo bien: tan torpe abrazo
semeja el que á su víctima inocente
para ahogarla con él da la serpiente.
¿No era bastante que mi justo encono
á vuestro altivo padre perdonara?
¿No bastaba que fuera en vuestro abono,
este amor que el infierno me inspirara?
—¿No bastaba, decid, —que así de Ria
salvais la vida para herir la mia?...
Mas jugais con la muerte...

Bruen. Nada temo.
Tu horrible poder no me amedrenta,
y al verme amenazada te desprecio
y tú inútil furor contemplo necio.
Hiéreme, mátame, sí; pero medita
que Ria libre está, libre mi padre
y vengadores ambos, ambos fieros
de tu estrella maldita
apagarán los tibios resplandores,
con tu muerte vengando mis dolores.

Salom. Sí, te podrán vengar: cierne sus alas
en torno tuyo la implacable muerte
y morirás, sí, sí; tal es tu suerte.
Tú salvastes á Ria
y antes que mi poder se hunda y concluya
tu vida dame por la vida suya.

Ema. No lo consentiré: sea el castigo
del que fué criminal; sufra la pena
quien cometió el delito solamente,
nó quien su autor no fué, nó el inocente.
Yo... *(Pausa: luego con rapidez).*
Perdonadme, de su amor esclava
solo vivo por él, por él aliento
y mi vida sin él al punto acaba;
sin él no hay para mí paz ni tormento;
él es mi voluntad, mi pensamiento.
Hoy debia morir, yo lo sabia
y mi vida salvé, salvando á Ria.
He sido criminal.

Salom. ¡Maldita seas!

¡Tu parricida mano aleve y fiera
de mi enemigo á la traicion dió ayuda!
¡Tus hijos contra tí, de igual manera
alcen las suyas, y entre mil quebrantos
y pesares prolijos,
maldita seas por tus propios hijos!

ESCENA VI.

Dichos, SINIBAL, SUNYER *y* MIRON *que entran precipitadamente.*

SINIBAL. Señor... *(Con dolor y no atreviéndose á hablar.)*
SALOM. ¿Qué? Somos vencidos:
¿no es así?
SINIBAL. Mirad mis armas,
y juzgad lo sucedido
ante señales tan claras.
SALOM. Sí, ya sé que sois valientes.
Mas el destino me arrastra...
y es inútil... ¡todo inútil! *(Pausa.)*
Pero aun tengo una espada,
aun puede mi fuerte brazo
blandir la férrea lanza.
Aun tiene vigor mi pecho,
y en la sangrienta batalla
buscaré entre sus cadáveres
la muerte que no me espanta.
Vamos á morir matando;
reunid mis bravos guardias,
y que vea el populacho
mi bandera desplegada.
Seguidme vosotros.
SUNYER. Vamos.
Pero ved... *(Señalando á Bruenilde.)*
SALOM. Se me olvidaba.
Gracias, Sunyer; aun nos resta
el placer de la venganza.
Ven acá, tú, tú que siempre *(A Miron.)*
encontrastes en mí gracia,
debiendo á mis beneficios

honor, riqueza y privanza.
Sé la mano que me vengue,
si perezco en la demanda.
Mátala si soy vencido;
sin piedad, sin miedo mátala.

MIRON. Id descuidado: si os vencen
queda quien os satisfaga.
No temais.

SALOM. Vamos.

EMA. ¡Oh! nunca.
Vos no, vos...

SALOM. ¡Infame! aparta,
que no puede ser mi hija
la que á mi enemigo ampara.

EMA. ¡Oh! ¡Piedad!... ¡me vuelvo loca!

BRUEN. ¡Infeliz!

SALOM. Fiero levanta
su voz el remordimiento
en lo profundo de tu alma.
¡Parricida! Dios castiga
á la que á su padre mata.

EMA. ¡Perdon!

SALOM. Marchemos.

[Váse con Sunyer y Sinibal.]

ESCENA VII.

EMA, BRUENILDE, MIRON.

MIRON. *[A Bruenilde bajo.]* Venid.

BRUEN. No, no: mirad su desgracia.

MIRON. Raza de tigres maldita
entre sí se despedazan.
Dejadlos, vos no sois tigre.

EMA. ¡Padre! ¡padre! *[Viendo que se vá.]*
¡Oh, Dios! se marcha
y no me perdona. Mira,
Dios de bondades, mis lágrimas,
y su perdon no le niegues
cuando examines sus faltas.

MIRON. Vamos. *[A Bruenilde.]*

BRUEN. No, por piedad; su noble pecho
abriga un corazon digno de un ángel,
y fuera mengua mia abandonarla
en brazos del dolor y los pesares.
Olvidad. *(A Ema.)*

EMA. ¡Ay de mí!

BRUEN. ¡Por Dios, calmaos!
Vuestras penas calmad.

EMA. ¡Que yo me calme!
¿No lo escuchasteis vos? ¡Maldita seas!
al irse dijo, su perdon negándome.
No, nunca olvidaré, que mi conciencia
levanta ya su voz para acusarme,
y en vano fuera rehusar oirla,
que el acento de Dios, nada hay que acalle.
¿Que olvide, me decís? ¡Oh! ¡quién pudiera!
¡Quién pudiera olvidar! pero es en balde;
ni todo el llanto de mi vida toda
de mi delito borrará la imágen.
¿Y cómo he de olvidar? ¿No doy la muerte
á quien vida me dió? ¿No es él mi padre?
¿Hija suya no soy? ¿quizás no tengo
su mismo corazon, su misma sangre?
Imbécil corazon: corazon necio,
maldito seas tú... pero ya es tarde,
ya remedio no hay, ya es imposible.
¡Dios mio! por piedad, mátame, mátame
¡ó tenme compasion! No, no; blasfemo...
Yo acato tu justicia venerable
y admito mi dolor: grande mi crímen,
mi expiacion tambien debe ser grande.

BRUEN. Basta ya, ¡por piedad! No así en mal hora
de atormentaros más sirvan mis frases.

EMA. Yo debí sucumbir si era preciso;
sucumbir al dolor, pero salvándole.
Si él era criminal, yo era su hija.
Callad, callad y en mi dolor dejadme,
que no podrán vuestras palabras todas
hacer que en algo mi dolor se aplaque.
Infame soy, infame una y mil veces,
y en medio de mi crímen, despreciable.

BRUEN. ¡Infame! Mentira, vil mentira;

y el que dijera tal, miente cobarde.
¿Vos criminal? ¡Jamás! yo lo rechazo,
yo que vuestra rival siempre implacable,
como honra mia contemplara un crímen
que vuestra afrenta y vuestro honor manchase.
(Miron, que durante esta escena y mientras las dos hablaban ha estado observando, se dirige á Bruenilde y dice:)

MIRON. Huyamos pronto: el Conde derrotado
aquí se acerca ya: pronto, al instante
huyamos y evitemos los enojos
de su terrible saña formidable.
¿No me escuchais?...Venid.
(Con temor é impaciente.)

BRUEN. Jamás; no puedo
dejarla sola en tan terrible trance.

MIRON. Marchemos.

BRUEN. ¡Imposible!

MIRON. Es necesario.
Seguidme. ¡Maldicion! tarde, ya es tarde.
(Viendo á Salomon que entra.)

ESCENA VIII.

DICHOS, SALOMON *que indicará su derrota en su traje.*

(Miron al verle se retira á un lado con Bruenilde, preparándose á defenderla.)

SALOM. Ven, ven; salvemos la vida
que tú vendiste á Vifredo;
de mi poder que dió miedo
solo me resta la huida.

EMA. ¡Perdon!

SALOM. Que van á llegar.
Huyamos...

EMA. ¡Perdon, perdon!

SALOM. ¿De qué sirve tu afliccion
si no nos puede salvar?
¿De qué sirve ese quebranto
inútil si no cobarde?
Antes...

BRUEN. ¡Oh! *(Como queriendo socorrer á Ema.)*
MIRON. Callad.
SALOM. Es tarde.
EMA. Ved mi dolor, ved mi llanto.
SALOM. ¿No escuchais? Fiero retumba *(Se oye ruido.)*
del pueblo el ronco alarido:
ven, cada instante perdido
es un paso hácia la tumba.
Vamos...
EMA. De mi crímen fiero
la expiacion necesito.
Huid, yo por mi delito
debia morir y muero.
Huid.
SALOM. ¿Oyes?... ¡suerte impía!
Marchemos. ¡Ira de Dios!
¡Vos aquí! *(Viendo á Bruenilde.)*
EMA. *(Suplicando por Bruenilde.)* ¡Padre!
SALOM. ¡Vos! ¡Vos! *(A Bruenilde con gozo sangriento.)*
¡Aun me resta una alegría!
¡Oh, me gozo en mi venganza! *(Voces dentro.)*
Vos por Ria tan querida;
vos su amor, su bien, su vida,
su deseo, su esperanza,
vais á morir. Morir vos
es matarle. *(Avanzando hácia Bruenilde.)*
MIRON. ¡Atrás!
SALOM. ¿Yo, atrás?
Traidor.
(Desnuda la espada acometiendo á Miron.)
EMA. ¡Padre!
SALOM. *(A Miron.)* Morirás.
MIRON. Veremos quién, ¡vive Dios!

ESCENA IX.

DICHOS, VIFREDO, NADAL, NARBONA *y* DOS CABALLEROS *(con hachones.)*

SALOM. Morireis.
NADAL. Esperad.
SALOM. *(Con terror supersticioso.)*
Estaba escrito.

EMA. *(Suplicándole.)* ¡Vifredo!
NADAL. *(Ironía.)* ¿Qué, temblais? En vuestra cara
veo la palidez de la pavura.
¿Mas vos no temblareis, y por qué causa
habeis de temblar vos? es imposible;
debe saber morir aquel que mata.
VIFRED. Dejadme. *(Acometiendo á Salomon.)*
EMA. ¡No: piedad para mi padre!
Perdon, Ria, perdon: mirad mis lágrimas;
salvadle á él y os deberé la vida.
VIFRED. ¡Oh! ¡Ema! ¡Ema!
EMA. ¡Oh, sí, preso estabais
y mi mano os salvó, salvadle ahora.
Su vida me debeis, dádmela, dádmela. *(Pausa corta:*
Vifredo vacila: momentos de ansiedad en todos.)
VIFRED. Huid, el pueblo vencedor do quiera
triunfante y vengador holló el alcázar.
NADAL. ¿Qué haceis?
VIFRED. Perdono, y á mi noble padre
doy con tan noble accion noble venganza.
Marchad y el cielo vuestros pasos guíe.
Por aquí. *(Señalando la puerta de la izquierda.)*
No temais; senda ignorada,
que os mostrará Narbona, á mi palacio
os guiará seguro; id.
EMA. ¡Oh! ¡Gracias, gracias!
Dios os bendiga como yo os bendigo.
SALOM. *(Aparte: váse con Ema y Narbona.)*
¡Me perdona! ¡Esto mas!
VIFRED. Id, ella os salva.
NADAL. *(Cuando van á desaparecer.)*
¡Matadle! volverá...
VIFRED. Vuelva en buen hora.
Mas, pues lo dije ya, que libre vaya.

ESCENA X.

DICHOS, *menos* SALOMON, EMA *y* NARBONA.

NADAL. Habeis hecho mal.
VIFRED. Lo hice
y como quien soy cumplí:
de mi padre que está en mí
el limpio honor satisfice. *(Rumor.)*
BRUEN. Mas, que rumor...
VIFRED. Barcelona
que su libertad consigue;
Barcelona que me sigue
y que mi nombre pregona.
No temas, pues.
BRUEN. Crece fuera
ese feroz alarido:
Se acerca. ¿No habeis oido?
(Nadal y los caballeros tiran de las espadas: Vifredo se coloca delante de Bruenilde y hace lo mismo.)
Escuchad. ¡Oh!
PUEBLO. *(Dentro.)* ¡Muera! ¡Muera!

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, PUEBLO Y GENTES DE ARMAS, *trayendo los pendones de Barcelona, Besalú, Ria, etc.*

VIFRED. Fijosdalgo, pecheros: ya caido
el tirano poder que os abrumaba
libres sois; mas sabed que cauteloso
nuestro señor feudal, el rey de Francia,
os ayudó á vencer únicamente
porque temió que Salomon se alzara,
y el feudo establecido destruyendo
independencia y prez diera á la Marca.

NARBON. Independencia, y pues cayó el tirano
cuyo fiero poder nos abrumaba,
sed vos nuestro caudillo y nuestra guia,
ya que su padre Cataluña os llama.
¡Cataluña y la Marca por los Rias!
(Tremolando el pendon de los Rias.)
¡Viva el Conde Vifredo!

PUEBLO. ¡Viva!

VIFRED. Basta.
Vuestro mando me dais y yo le acepto;
mas por si digno de él no soy mañana,
nunca la enseña de mi pueblo sea
mas que la suya propia; nó una estraña.
Nadal, embajador de Cataluña,
al rey francés retornareis mañana
y le direis que Barcelona altiva
el feudo rompe que baldon le causa.
Alzad ese pendon;
(El de la Ciudad.)
y cuando el pueblo
en pos de lauros al combate vaya,
siga su noble enseña, no la mia.
Basta ya de opresion, de mengua basta,
y de hoy en mas de propios y de estraños
temida donde quiera y respetada
independiente Cataluña sea
por el valor de sus gloriosas armas.
(Los villanos victorean mostrando su regocijo.—Cuadro.—Cae el telon.)

FIN DEL DRAMA.

La propiedad de las obras siguientes pertenece tambien á D. M. G.

EN TRES Ó MAS ACTOS.

La Independencia de Nápoles	5	
Juana Eyre	4	y prólogo.
Cárlos de España	4	y epílogo.
El Pendon de Santa Eulalia	3	
La Heroina de Barcelona	3	
Barcelona que rie y Barcelona que llora	4	y prólogo.
Los Estranguladores	5	
Los pastorcillos Borrego y Bato	5	
Vario, nubes y vientos	3	
Digna de Déu	3	
La casa sens gobern	3	
La lley natural	3	
Fueros y desafueros		
El padre Gallifa		
La espada de Berenguer	3	
La redencion de una alma	3	
Las faltas de los padres	3	
Cataluña Independiente	3	
Los caballeros de la Niebla	10	cuadros.
La perla negra	7	id.
Los murciélagos	8	id.
Dramas de taberna	5	
¡La Redencion de un alma!	3	

EN UN ACTO.

La voz del deber.
Industria, comercio y artes.
El camino del Parnaso.
Caminar per mal camí.
¡Angels de Déu!
La perla de Badalona.
Déu té un bastó.
Nueva táctica.
Mentir con suerte.
¡¡R. I. P.!!
¡Un crímen!